

# NOVIEMBRE

## BICENTENARIO DEL MUSEO DEL PRADO (1819-2019)

El Museo del Prado, denominado inicialmente "Museo Real de Pinturas", se inauguró el 19 de **NOVIEMBRE** de 1819, impulsado por Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII.

### ARTE Y LETRAS EN EL BICENTENARIO DEL MUSEO DEL PRADO. DOS RETRATOS REGIOS DE MANUEL MACHADO. Consuelo Jiménez de Cisneros

Los 200 años del Museo del Prado se celebraron a lo largo de 2019 y todavía parece perdurar el rastro de aquellos fastos. Nos unimos a ellos con la relectura de dos conocidos poemas de Manuel Machado (Sevilla, 1874-Madrid, 1947) inspirados en los retratos que hace Velázquez a Felipe IV y a su hija, la infanta Margarita, ambos conservados en el Museo del Prado. Decía Anatole France que un buen retrato es una biografía pintada, y no cabe duda de que el genial pintor sevillano, en sus retratos reales, nos cuenta mucho más que la apariencia de un traje y una pose: nos revela, en singular etopeya, el alma de las personas retratadas, algo que el poeta Manuel Machado nos cuenta de forma conmovedora en sus versos.

**A Felipe IV.** El poema consiste en una serie de cuatro tercetos encadenados que describen la apariencia física del rey y, a través de ella, su etopeya o retrato moral. El negro, ese color tan sobrio, era en aquella época muestra de lujo y riqueza, pues resultaba muy caro y dificultoso obtener aquel negro brillante que ostentaban reyes y nobles en su vestimenta. En este poema con resonancias modernistas, el negro contrasta con la tez pálida, el cabello rubio y los ojos azules de un rey que se describe como "cansado" y quizá "cobarde". Soportar el peso de un imperio como el que Felipe IV sostenía justifican

esas apreciaciones. El cuadro destaca la sobriedad del rey que no lleva joyas ni necesita mostrar su poder con un cetro: aparece en un fondo neutro, apoyado en su mesa de trabajo.

**La infanta Margarita.** Esta descripción literaria de una obra de arte en forma de soneto refleja perfectamente lo que era el retrato regio en la pintura en la época. Los severos y recatados Austrias no permitían que se viera más del cuerpo de las damas retratadas que el rostro y las manos. Y precisamente esas son las dos partes del cuerpo que Velázquez pinta y en las que el poeta, morosa y amorosamente, se detiene.

El primer cuarteto nos muestra la belleza, un poco enfermiza, de la niña (no olvidemos que se trata de una joven infanta) de tez muy blanca, realzada por el "hábil pincel" que la "maquilla" con sus tonos blancos y rosáceos. Inmediatamente el poeta alude a la pomposa vestimenta en la que la niña seguramente se siente "presa". El segundo cuarteto se recrea en la mano, descrita poéticamente como "ámbar de ensueño". El ámbar servía para dar buen olor, y los guantes de ámbar eran un artículo de lujo de uso habitual en la época. La mano de la infanta sostiene tan solo un pañuelo, en paralelo con su padre que sostenía un guante. Y, como su padre, también la hija tiene los ojos azules. A la vista está que son retratos cortesanos, palaciegos: no guerreros ni épicos.

Finalmente, los tercetos aluden al Imperio español, que empieza su inevitable declive, con la enumeración de las posesiones europeas ("Italia, Flandes, Portugal..."). Y finaliza volviendo al personaje retratado, que es a un tiempo persona regia ("su augusta frente") sin dejar de ser una niña rubia, como destaca su bella metáfora "la dorada ceniza del cabello", sencillamente ataviada con su "leve lazo rosa".



### A FELIPE IV. Manuel Machado

Nadie más cortesano ni pulido  
que nuestro Rey Felipe, que Dios guarde,  
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,  
cansado el oro de su pelo undoso,  
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso,  
ni joyeles perturban ni cadenas  
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas  
con desmayo galán un guante de ante  
la blanca mano de azuladas venas.



### LA INFANTA MARGARITA

Como una flor clorótica el semblante  
que hábil pincel tiñó de leche y fresa,  
emerge del pomposo guardainfante,  
entre sus galas cortesanas presa.

La mano -ámbar de ensueño- entre los  
tules de la falda desmáyase y sostiene  
el pañuelo riquísimo, que viene  
de los ojos atónitos y azules.

Italia, Flandes, Portugal... Poniente  
sol de la gloria, el último destello  
en sus mejillas infantiles posa.

Y corona no más su augusta frente  
la dorada ceniza del cabello,  
que apenas prende el leve lazo rosa.